



VISITA V

Admirando la misericordia de Cristo en el Sacramento.

¡Oh Jesús Sacramentado, verdadero mediador entre Dios y los hombres, que estás sobre nuestros altares, reconciliando lo más alto con lo más bajo, aplacando con el sacrificio cotidiano las iras del Padre, provocadas con nuestros pecados, interpelando por nosotros, presentándole nuestras súplicas, y moviéndole á piedad de nuestros males y al perdón de nuestras culpas! Gracias, Señor, te sean dadas, porque te has dignado fijar entre nosotros el trono de tu clemencia, y quedarte en la tierra para ser nuestro amigo, nuestro hermano,

nuestro intercesor y nuestro abogado para con tu Eterno Padre; y gracias mil también, porque á pesar de nuestra indiferencia, nuestra tibieza y nuestro olvido, no nos escaseas tus beneficios, ni te alejas de nuestra compañía, ni cesas de procurar nuestro bien y provecho. Aquí estás ¡oh Jesús! como en el misterio de tu nacimiento, dando á Dios toda la gloria que le es debida, con el abatimiento de la vida que llevas profundamente oculta y humillada, y al mismo tiempo procurando la paz, la misericordia y la remisión de sus pecados á todos los hombres de buena voluntad, que no rehusan aprovecharse de estos favores. Aquí estás pagando, como sumo Mediador, todas nuestras deudas á la divina justicia, á fin de dispensárnoslas á nosotros cuando te pidamos su perdón, y exigiéndonos tan sólo que perdonemos igualmente á nuestros hermanos; aquí expías ¡oh Jesús mío! mi vanidad y mi soberbia, con tu

anonadamiento; mi insubordinación y rebeldía, con tu perpetua y voluntaria sumisión; mis goces culpables y mi sensualidad, con el mérito de tus sufrimientos, y todos mis vicios y todas mis pasiones, con tus divinas y preciosas virtudes. ¡Cuánto te debo yo, pues, oh adorable Salvador mío! Si no fuese porque tú me has ayudado, quizá habitaría ya mi alma en los abismos, y á tu infinita misericordia debo el no haber sido consumido. ¡Que bajen, pues, los ángeles á millares, como al establo de Belén, para ayudarme á bendecirte y alabarte! ¡Que todas las almas fieles que aquí están, y todas las que ahora han venido á visitarte, me presten sus corazones para amarte, para glorificarte y para agradecer tus inauditas finezas! ¡Que todas las potencias de mi alma, las facultades de mi espíritu y los sentidos de mi cuerpo, vengan ahora á adorarte, á regocijarse delante del Señor que los ha formado, á

prosternarse ante la faz del Mediador sacramentado en la confesión de sus grandezas y de sus misericordias, y á cantar dulces himnos á su dignación y á su gloria! Y tú, pobre corazón mío, llénate de un santo regocijo, porque el Grande, el Santo de Israel está contigo: alaba su bondad, canta su misericordia, agradece sus favores, y ámalo con toda la exaltación que te inspire tu fe, y con toda la vehemencia que pide su ternura. Yo te amo, mi Señor y mi Rey; mi Dueño y mi Padre, mi Pastor y mi Dios, yo te amo, Jesús mío, con todo mi corazón. Amén.

MEDITACIÓN SEXTA

Jesucristo es nuestro Médico en la Eucaristía.

Los médicos del cuerpo, muchas veces yerran la curación de los enfermos; otras, desconocen la causa de

sus males y el carácter de las enfermedades; suelen curar por su propio interés, y prescribir remedios duros y dolorosos, que ellos quizá no querrían soportar. Jesucristo, por el contrario:

1.º Es el que sana (dice David) todas mis enfermedades; porque sus remedios son todos ciertos y eficaces para una voluntad bien dispuesta.

2.º Conoce mejor que nosotros la gravedad de nuestros males, sabe sus causas, sus raíces y sus más lejanos resultados.

3.º No tiene necesidad de nuestros bienes: nos cura sin interés, por sólo su bondad y el amor que nos tiene.

El soportó todo lo amargo de los remedios, el cauterio del celo en el Huertero, y las crueles heridas, y la hiel y vinagre en la Pasión; y á nosotros nos suaviza todo lo penoso y nos da el suave bálsamo de su gracia, y el dulce electuario de su Sacramento.

(Afectos de confianza, de admiración y de amor.)



VISITA VI

Considerando el celo encendido del Señor en este Sacramento.

¡Oh Jesús dulcísimo, divino Médico de mi alma, que para que yo te obligara con mis ruegos á que examinaras mis llagas, y para que yo te informara con más frecuencia del estado de mis males, y para curar tú mismo en persona mis enfermedades, quisiste habitar en la misma tierra que yo habito, y tener tu casa en medio de nuestras casas, para que á todas horas pudiésemos fácilmente hacerte nuestras consultas, y traerte nuevas de nuestra gravedad ó de nuestro alivio! Yo te bendigo con toda mi alma, y convido á todos los

flacos y enfermos hijos de Adán, para que conmigo también te alaben y te bendigan, por el celo ardiente de nuestra cura y salvación que muestras en el secreto de este Misterio. Porque aquí te haces en cierto modo flaco y débil, para fortalecernos; nos das tu sangre para curarnos, y formas con ella y con tu cuerpo sacramentado, un bálsamo efficacísimo que calma todas nuestras penas, un unguento celestial que cicatriza en breve todas nuestras llagas, una poción generosa y llena de dulzura que conforta nuestra debilidad, que reanima nuestro vigor abatido, que refrigera los ardores de nuestras pasiones y que restablece nuestra salud. Pero, Señor, lo que más me admira, lo que yo nunca acabo de comprender, es, que por darnos con este Sacramento la vida, te inmoles en él tan frecuentemente con una muerte mística, y que, sin cansarte jamás de permanecer escondido, no nos des

algunas muestras de virtud, de poder y de gloria. De aquí que el mundo te desconozca, que la herejía te niegue, que el sacrilegio te hiera sin cesar, y que la negligencia y tibieza sean el pago más ordinario que damos á tu amor y á tus favores. Era preciso ejercitar nuestra fe con este Misterio, de fe por excelencia, y por esto permaneces en ese anonadamiento continuo, sacrificando tu gloria y tu honor á nuestra utilidad y provecho. ¡Bendito seas; pues, oh Médico divino! por tan singulares beneficios! ¡Bendita sea tu sabiduría, que supo encontrar para nosotros un remedio tan admirable! ¡Bendita tu clemencia y bondad, que así quiso, tan á tu costa, ministrárnoslo! ¡Bendito tu poder, que pudo tan bién confeccionarlo, y bendito tu Sagrado Corazón, que quiso ejercitar todos estos atributos en favor nuestro, de un modo tan amoroso y estupendo! Y por el celo de nuestra salud en que te abrasas

¡oh Médico caritativo! dentro de nuestros sagrarios, concédeme grandes deseos de sanar con la virtud de esta medicina del cielo; de visitar con frecuencia al Señor que gratuitamente nos la proporciona; de no volver á ponerme en las ocasiones de recaídas y de nuevas enfermedades, y de guardar como un tesoro de salud que aquí me hayas concedido. No me dejes caer en la tentación del desaliento, ni en la de la presunción, ni en ninguna otra que me arroje en el lecho de la tibieza ó en el sepulcro del pecado, para que conservando la salud de la gracia y el vigor de la caridad, vaya á alabarte sin cesar en la patria feliz donde no hay llanto, ni dolor, ni enfermedad alguna, sino en la que todo es gozo y vida perdurable. Amén.

MEDITACION SÉPTIMA

Jesucristo, en la Eucaristia, es Dios y Hombre verdadero.

Él nos comunica todos los bienes, dándonosos á sí mismo:

1.º Nos da su cuerpo, en el que tanto padeció por nosotros, obra maestra del Espíritu Santo, formado en el seno de la Virgen María.

2.º Nos da su sangre, siete veces por nosotros derramada, y que sana, fortalece y blanquea nuestras almas.

3.º Nos da su alma, con sus tres potencias, en la cual se derramó la gracia con una abundancia inexplicable, para que de su plenitud recibiésemos todos.

4.º Nos da su divinidad, elevándonos con ella á una altura incomprendible, y haciéndonos hijos de Dios, y casi otros dioses.

(Afectos de admiración, alabanza, gratitud, confianza y amor.)



VISITA VII

Glorificando el amor que Jesucristo nos tiene en el Sacramento.

Amantísimo Señor mío sacramentado, que después de tantas y tan preciosas virtudes de que nos das ejemplo en nuestros altares, quieres también continuamente mostrarnos tu ardiente caridad y el amor que nos tienes, dándote todo á nosotros con todas tus riquezas y perfecciones. ¿Qué te daré yo á ti, Señor, por todos los bienes que tú á mí me has dado? ¿Cómo corresponderé á esa entrega total que aquí me haces de todo cuanto puedes, de todo cuanto haces, y aun de todo lo que eres? Me das, Dios mío, ese tu cuerpo inmaculado,

formado en las purísimas entrañas de la Virgen María, hermosísimo, glorioso, impasible é inmortal, el cual es un germen de castidad y de pureza, y una semilla de vida é incorrupción; me das esa sangre noble y preciosísima, figurada por todos los antiguos sacrificios; esa sangre que quita todos los pecados, que lava todas las manchas, que purifica y limpia cuanto toca, y que solamente en figura, libró, en otro tiempo del exterminio y de la muerte al pueblo es cogido, me das tu alma santísima, privilegiada con los dones más altos, colmada con la gracia más copiosa, que te correspondía como á cabeza de los hombres y de los ángeles, y dichosa desde el instante de su creación con la visión beatífica que por su unión con el Verbo disfrutaba constantemente; nos das también, Dios mío, tu Corazón, el Corazón más noble, el más santo, el más perfecto que haya salido jamás de manos de

la Omnipotencia divina, ese Corazón adorable, centro del amor más encendido á Dios y á los hombres, abrasado con los ardores de la caridad más viva, y depositario de todos los tesoros del cielo para derramarlos con profusión en la tierra; me das tu Divinidad misma, abismo de grandeza que no alcanzo á medir, y que con su unión me eleva á una altura que arrebatá á los ángeles de admiración y de asombro, espiritualizando todo nuestro ser, y haciéndonos capaces de las más sublimes virtudes; me das todos los merecimientos de tu muerte con todos los ejemplos de tu vida; me traes todas las gracias que necesito, y no pones más límites á tus dones que los de mi confianza. ¡Oh caridad inagotable de mi Salvador y de mi Dios! ¡Oh amor incomprendible de su Corazón para conmigo! Dame, Señor, juntamente con todos estos dones, una hambre insaciable de este manjar delicioso, unos deseos ardientes

de unirme cada día más estrechamente con él, y un amor fervoroso y tierno, para corresponder al amor singularísimo que me muestras en este Misterio. ¡Que te ame yo, Señor, á tí, como tú me amas á mí! ¡Que me dé yo todo á tí como tú te das á mí, y que me deje yo todo á mí mismo por tu amor, como tú por el mío has encubierto en ese Sacramento tu grandeza, tu majestad y tu gloria! Estos son, Señor, mis deseos: dignate mirarlos propicio, y ayudarme, por tu infinita caridad, á verlos realizados; librame de todo mal en esta vida por la virtud de este Sacramento, y no permitas quede sin recibirle antes de mi muerte, para que con su ayuda pase á contemplarte eternamente en el cielo. Amén.





VISITA VIII

Agradecimiento primero.—Jesucristo en el Sacrificio.

¿Conque no contento con haberte hecho hombre para redimirnos, y con haberte sacrificado una vez en el Calvario de la manera más dolorosa, aún quieres, por una maravilla inaudita, repetir cada día tu sacrificio, y morir místicamente sobre el altar á la mano de los sacerdotes? ¿Conque dentro del seno de la Iglesia verdadera no hay hora del día ni de la noche en que no te estés inmolando, en una ó en muchas partes, por nuestro amor? ¿Conque no cesa un solo instante de subir hacia el cielo, desde ésta nuestra tierra, el suavísimo olor

de la divina Víctima, sin cesar ofrecida y enviada al eterno Padre por los hombres?... ¡Oh dulce Salvador mío! ¡Oh Cordero inmolado en figura desde el principio del mundo, y sacrificado en realidad hasta su fin! ¿Cómo te agradeceré, dueño mío, tan estu- pendo beneficio? ¿Cómo te correspon- deré, pues yo no encuentro dentro de mi propio ser, sentimientos ni afectos capaces de reconocer tales excesos de bondad? ¡Ay! Iluminados queru- bines, que poseéis la ciencia más alta, prestadme vuestras luces, para conocer más y más estas grandezas, y llegar á saber el dón de Dios, y quién es el Señor que por mí se sacri- fica. Y vosotros, serafines encendidos, comunicadme vuestras llamas, dadme vuestros ardores, cededme todo vuestro fuego, para poder corresponder á tantas finezas, y pagar con un amor ardiente y abrasado, el amor de todo un Dios que por mí todos los días se sacrifica. Mas no sois vosotros por

quienes el Señor opera estos favores, sino por nosotros los hombres miserables: me volveré á aquéllos que más supieron reconocerlos y pagarlos. Agradecedlos por mí, sagrados apóstoles, que con tanto amor, reverencia y honor ofrecíais este augusto sacrificio. Mártires esforzados que en El hallabais vuestro único consuelo, vuestro sostén, vuestra fortaleza y vuestro valor en la hora del combate; ayudadme á agradecerlo. Fervorosos confesores que allí tomabais el incentivo de todas las virtudes, y en El encontrabais el secreto de vuestra constancia, ayudadme á agradecerlo. Vírgenes candidísimas, que en este sacrificio aprendíais á sacrificar todos los deleites de los sentidos, y que hallabais ser cosa muy justa sacrificar por Aquél que cada día se sacrificaba por vosotras: ayudadme á agradecerlo. Y tú, Maestra de los Apóstoles, Reina de los mártires, y Virgen de las vírgenes; tú, que sola atesoras

en tu purísimo corazón más amor y gratitud que los bienaventurados juntos; tú, que con tanto gozo cantaste las grandezas de tu Dios y Salvador, ayúdame á agradecerlas, y enséñame á decirle contigo: «Glorifica mi alma al Señor, y mi espíritu se llena de gozo al contemplar la bondad de Dios, mi Salvador, porque ha mirado la bajeza de su sierva, y ha hecho conmigo cosas grandes y maravillosas,» queriendo perpetuar para siempre su sacrificio é inmolarse amorosamente sobre el altar, como en otro tiempo sobre las cumbres del Calvario. Y tú también, alma mía, bendice á tu Señor, y todo lo que hay dentro de mí, á su santo nombre; agradece sus favores, ensalza su bondad y su misericordia, y llénate de dolor al ver el santo sacrificio olvidado de los cristianos; la tibieza de la fe con que se asiste á estos tremendos misterios, que llenan de un santo estupor á los mismos ángeles; la inmundicia de las

manos que ayudan en el altar, y que nos causarían vergüenza si se empleasen en nuestra mesa; el apresuramiento que se busca en los instantes en que el Señor es inmolado, y todas esas irreverencias en que tú también has tenido tantas veces mucha parte. ¡Perdón, Jesús mío, perdón! Ojalá y de hoy en adelante no quiera dejar ni un día de mi vida sin asistir á los santos misterios; no quiera volver á quejarme ingratamente de la duración de tu visita; no quiero desedificar con mi indevoción á mis hermanos, y traspasarte con mis irreverencias el Corazón. Sólo quiero que me enseñes á meditar las santas ceremonias de la Iglesia, á avivar mi fe durante la celebración del Sacrificio, y á estar en él con el respeto, ternura y amor con que estuviera mirando tu crucifixión y tu muerte. Dame, Dios mío, tu gracia, para cumplirlo como debo. Amén.



VISITA IX

Jesucristo en el sagrario.—Agradecimiento segundo.

No fué bastante á tu amor y á tu bondad ¡oh amado Jesús mío! el sacrificarte todos los días tantas veces sobre nuestros altares, y repetir hasta el fin de los siglos la tierna escena del Calvario, sino que quieres quedarte después del sacrificio, depositado en el sagrario, encerrado bajo nuestra llave, reducido á un espacio estrechísimo, cautivo voluntario y perpetuo de tus hijos, y sumiso á su voluntad y á sus órdenes, como el siervo más obediente á los mandatos de su amo. Aquí te dejaré abandona-